

Balvan

EL PODADOR DE ROSAS

Leopoldo de Trazegnies Granda

El podador de rosas

LEOPOLDO DE TRAZEGNIÉS GRANDA

El podador de rosas

(Novela corta)

SEVILLA

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o cualquier medio, sea éste electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del titular del Copyright.

Primera edición: Agosto de 2010

ISBN: 978-84-614-2720-8

Depósito legal: SE 5043-2010

© **Leopoldo de Trazegnies Granda**

Correo: trazeg@arrakis.es

Web: www.trazegnies.arrakis.es

Ilustración de cubierta y contracubierta:

Fotografía de la selva amazónica y rosa de artesanía de Carmina Otero Tomé, respectivamente.

Impreso en España por Bubok

*En mi locura de querer ser amado,
mi imaginación siempre ha inventado amores
sublimes.*

- - -

*El hombre es un ser triste
porque su única certidumbre es la muerte.*

Giacomo Casanova (Venecia, 1725 – Dux, 1798).

*Buscar la felicidad es una desgracia,
tantearla es como podar rosas en la oscuridad.*

L. Tamaral (Lima, 1902 – Sevilla, 1992)

1

El podador de rosas

Ella era la mujer de mi abuelo, la única persona que me inspiraba cierta permanencia en las cosas y en las emociones. Todo lo demás lo veía tan frágil, tan cambiante, como si los sentimientos estuvieran sujetos a circunstancias efímeras, a los efectos de la luz o del clima: si hace mucho viento te dejo de querer, si la noche es muy cerrada la persona amada no volverá.

Desde que la recuerdo, desde la primera vez que la vi, ella siempre estaba allí, silenciosa, sentada en el sofá de mimbre de la terraza, cara al campo, dejando apagarse el sol en sus pechos tibios, como apaciguando lejanos cachorros de puma, esperando el primer resplandor de la oscuridad para

El podador de rosas

encender un cigarro. A nadie le pedía nada y a todos les dedicaba el esbozo de una sonrisa.

Ahora tengo yo la edad de mi abuelo. Las manos también me tiemblan un poco al podar el rosal. Él terminó aquí su vida errática, viajó por muchos países de los cinco continentes... y aunque tuviera una vitalidad fuera de lo común, nunca se detuvo para intentar ser feliz. Pasó la vida tanteando la felicidad como un podador de rosas ciego. Cuando decidió retirarse en este rancho era un hombre aún joven pero sin ilusiones, se había convertido en un ser retraído y desconfiado, siempre con la pistola a mano temiendo antiguas venganzas. Yo heredé su casa, su amargura y la pistola.

Mi abuelo había llegado de Amberes en barco a principios del siglo XX, con su sombrero marrón y un terno claro mil rayas dando la imagen de un “gentleman” estafalario y melancólico que traía por todo equipaje unas cajas llenas de libros. En su país de origen era un intelectual reputado. Nunca dijo porqué decidió viajar al Perú.

El podador de rosas

Conoció a su primera mujer en una fiesta organizada por la universidad de San Marcos. Mi abuela biológica era una dama de la sociedad limeña. El matrimonio duró poco, se separaron antes de que naciera mi padre, ella no pudo admitir el carácter desinhibido de su marido. El detonante fue una infidelidad descubierta a raíz de una fotografía tomada en uno de los innumerables viajes de mi abuelo.

Mi padre creció clandestinamente, mimado al principio en la casa de su madre, pero luego repudiado por ser la prueba orgánica de la relación indeseada con mi abuelo. Me dijeron que mi abuela se había vuelto a casar pero esta vez con un hombre rico (yo jamás la conocí a ella ni a su marido) y que no había querido volver a saber más de su hijo. Para mí, mi mamama fue siempre esa mujer enigmática, silenciosa, telúrica, de sonrisa perenne, que mi abuelo trajo a la finca muchos años después y que a la caída de la tarde se sentaba a fumar cigarros en el porche.

En mi familia jamás ha habido un zahorí, preferimos el agua de lluvia a la de pozo, no

El podador de rosas

somos gente apegada a la tierra, nos atrae lo invisible, lo imposible, somos más bien viajeros, por ese motivo la segunda mujer de mi abuelo a mí me turbaba, me resultaba irreal, tenía cuerpo y pelo de una raza enraizada en la naturaleza, con arraigo casi vegetal, y cuando se sentaba en el sofá de mimbre adquiría el perfil de una planta. Yo no estaba acostumbrado a la solidez de los sentimientos de la mujer de mi abuelo, a mi alrededor todo era dinámico, efímero, volátil. Me sorprendía ese amago de sonrisa que siempre ofrecían sus labios oscuros, era como si le saliera una savia de dentro, como si dispusiera de una glándula especial que al mismo tiempo le iluminara el iris de los ojos y le empañara las mejillas con una resina dulce y arbórea que se me quedaba en la boca cuando la besaba en el porche antes de irme a la cama.

Como todos los veranos yo iba a pasar tres meses con ellos al terminar el curso. Allí se me borraba de la mente el aburrido año escolar y experimentaba nuevas vivencias que permanecerían nítidas durante el

El podador de rosas

invierno y me permitirían sobrevivir hasta las vacaciones siguientes.

Los años que el río venía cargado de agua pasaban los veraneantes por el camino hacia una pequeña colonia de casas rústicas que había en el pedregal. Por las mañanas veía a las muchachas que se quitaban sus blusas de colores pálidos y se deslizaban en la corriente del río como flores caídas de los árboles. Salían con los pezones goteando y se ponían los pantalones sobre la piel mojada entre risas claras como si el baño las hubiera impregnado de fresca inocencia. Yo despertaba sexualmente ante sus relucientes cuerpos con ansiedad y vergüenza. Me parecía que no podía existir sobre la tierra otra cosa más apetecible que sus cinturas tersas, sus pechos afrutados, sus cuellos finos cubiertos de leve vello... Ellas al pasar por mi lado se reían, conscientes de que las había visto, y algunas me hacían adiós con la mano y otras me mandaban besitos volados.

Pero los veranos que el río estaba seco se me empolvaba el alma, no se oía ni una voz entre las cañas y los gatos confiados se tendían a dormir al sol. Los veraneantes no

El podador de rosas

venían, o llegaban por la noche pero al enterarse de que el río no traía agua se volvían a marchar airados sin haber deshecho las maletas. Yo me levantaba más tarde y ya no encontraba a nadie por los alrededores aunque podía reconocer las huellas estriadas que habían dejado los autos en los caminos resecos y me imaginaba que en ellos se habían ido para siempre las chicas de otros años. A medio día se extendía un silencio amarillo sobre el campo y oía únicamente el ruido del viento y las tijeras de podar en las manos de mi abuelo. Entonces me volvía a echar sobre la cama y acariciaba mi cuerpo para cerciorarme que estaba hecho de la misma carne que las chicas que no habían venido ese verano pero con la secreta ilusión de que reaparecieran en cualquier momento.

La mujer de mi abuelo era una mujer madura aunque a mí me parecía que aún conservaba el olor y el movimiento de caderas de las jóvenes. Yo jamás le oí la voz, nunca hablaba, por lo visto decidió dejar de hablar cuando se le murió su hijo, yo era todavía muy pequeño. A mi abuelo le enternecía su silencio y le acariciaba el

El podador de rosas

cuello y ella sonreía de aquella extraña manera.

Nadie supo cómo la conoció mi abuelo. Con los ahorros que consiguió en sus desconocidas actividades por Europa compró ese rancho en el valle de Lurín. Su idea era retirarse definitivamente de la vida activa y dedicarse a leer, observar de noche la constelación de la Cruz del Sur con su viejo telescopio y cultivar sus rosas.

Un día apareció por las inmediaciones de la finca la que sería para él su segunda mujer y para mí mi verdadera abuela. Estaba embarazada de varios meses, ojerosa y famélica. Lo único que traía en las manos era una ramita de eucalipto. Mi abuelo la acogió en su casa y se propuso cuidarla y amarla. Y plantó la ramita de eucalipto que prendió enseguida a un lado del jardín.

Su amor fue un amor voluntario, modelado e inspirado por esa mujer morena de expresión adusta, aunque al reírse era como si se le hiciera añicos la cara en un espejo. Pronto mi abuelo se dio cuenta de que mi abuela no le daría nada ni tampoco le

El podador de rosas

pediría nada, excepto la dicha de vivir que brotaba de su organismo de forma natural, vegetativa. Y entonces fue cuando empezó a amarla realmente.

Ella dio a luz un niño pequeñito que pesó muy poco al nacer. El bebé tardaba en abrir los ojos y mi abuelo se inquietó. Lo llevaron al médico en Lima que diagnosticó que sufría un síndrome poco frecuente y que sus expectativas de vida eran muy escasas. La mujer de mi abuelo no quiso dejarlo en el hospital y lo trajo a casa, lo cuidaba como a un gatito, el niño mamaba muy poco, no lloraba ni se quejaba. Lo bañaba en la pila del patio y era el único momento del día que el niño parecía reaccionar levantando las cejas y temblando ante el contraste de la caricia del sol y el agua fría. Murió tres meses después. A raíz de su muerte ella dejó de hablar y su risa se convirtió en una mueca, pero mi abuelo siguió acariciándole la cabeza y hablándole al oído. Al niño lo enterraron en el jardín, entre las rosas, en la caja de una guitarra que mi abuelo trajo de España y que a veces alguno de los trabajadores tocaba en el cobertizo de atrás de la casa.

El podador de rosas

A los miembros de mi familia siempre les han achacado que andamos por el mundo con cierto aire distraído que denota nuestro cosmopolitismo difuso y nuestra falta de arraigo en patria alguna. Tampoco guardamos recuerdos de los sitios por donde pasamos, preferimos deshacernos de ellos tan pronto podemos, ni nos identificamos con símbolos ni banderas locales. La única excepción a nuestra regla tácita de no aferrarnos a nada material eran los libros que heredados de padres a hijos acompañaban a sus dueños en todos sus viajes. Una vez le oí comentar a mi abuelo que en la guerra franco-prusiana un antepasado suyo atravesó la foresta de Los Vosgos llevando su biblioteca, compuesta por cientos de ejemplares, en una carreta tirada por un mulo al tiempo que huía de las tropas germanas que lo perseguían. Cuando llegó a Bruselas se llevó la sorpresa que las feroces termitas alsacianas se habían comido la mitad de sus libros.

Nuestro carácter hacía que nadie contara con nosotros, éramos como transparentes. Pero después de la llegada de su mujer, mi

El podador de rosas

abuelo supo que rompería la entropía familiar porque ya nadie ni nada lo movería de su rancho. Ya no le haría falta huir. Limpió su pistola y se aprestó a defenderse de cualquier peligro.

En un extremo del jardín había una construcción de piedra, era un cubo de forma irregular debido a la torpeza de los albañiles que lo construyeron a ojo sin utilizar nivel ni plomada. Mi padre, las raras veces que apareció por aquí, lo llamaba la Torre de Papel porque allí estaban almacenados los libros heredados por mi abuelo, los había escritos en muchos idiomas y en alfabetos desconocidos. Yo reconocía los libros que venían de la guerra franco-prusiana por los agujeros que atravesaban sus tapas, restos que quedaban de las devoradoras termitas eliminadas al fin con keroseno.

Mi abuelo a veces subía por las escaleras de madera y permanecía arriba durante tres o cuatro días, sin comer ni beber. Bajaba más viejo, con una vejez interior que le reseca la piel pero no le hacía perder el brillo de sus pequeños ojos azules. Su mujer entonces le

El podador de rosas

daba un caldo de pollo caliente y él se sentaba a la mesa de la cocina pronunciando palabras extrañas en el dialecto de sus antepasados, como si hubiese pasado una temporada en otro siglo.

En cambio a mi padre lo asocio siempre a telegramas y postales de colores. A los dieciséis años su madre, que quería dedicarse a su pretendiente rico, se desentendió de él y mi padre aún niño partió a conocer mundo como era tradicional en mi familia, costumbre que él no abandonó ni después de contraer matrimonio con mi madre. Como los únicos signos suyos de vida que me llegaban venían a través del correo, me lo imaginaba pegando sellos en exóticas oficinas postales y discutiendo con los empleados sobre el precio de las estampillas. Era temperamental y apasionado. El cartero del pueblo nos traía sus cartas en bicicleta. Cada año llegaban dos o tres postales de colores para informarnos de sus desplazamientos y por último avisaba su visita con un telegrama. Mi padre se pasó la vida pronunciando discursos, era como un conferenciante ambulante. Cuando venía en

El podador de rosas

persona nos seguía dando conferencias domésticas, tenía una voz grave, era al único que se le oía en la casa, aunque yo no prestaba mucha atención a sus palabras. Cuando se marchaba echábamos de menos su voz pero no nos dábamos cuenta en qué momento se había ido.

Un día nos envió un disco que había grabado personalmente en algún lugar lejano y mi hermana y yo oímos atemorizados sus frases guturales, es la única vez que nos dijo que nos quería mucho. Años más tarde oí una psicofonía de un parasicólogo y recordé la voz de mi padre, como de ultratumba. Entonces lamenté no haberlo escuchado, no haber hablado más con él, no haberlo querido, antes de que muriera, como ocurrió, bajo los amplios cielos de Turquía.

Mi hermana era la menos soñadora de la familia. Su apariencia de sílfide de pelo lacio era engañosa, en realidad estaba llena de números como una caja registradora. Sólo tenía ojos para el hijo del ingeniero de la hacienda vecina, Jacinto, un muchacho atlético que heredaría la moderna casa con piscina de su padre. Cuanto más la ignoraba

El podador de rosas

Jacinto, ella se hacía más ilusiones porque además de calculadora era de una tenacidad insuperable. Mi hermana oía con devoción la música que a Jacinto le gustaba y se pasaba el día tarareando "*She loves you*" de los Beatles y lavándose el pelo. Pero Jacinto no la tenía muy en cuenta. Mi relación de hermano con ella era escasa, basada en miradas, a veces de desprecio. Ella vivía muy segura de sí misma y probablemente era feliz. Nuestra comunicación verbal se limitaba a reproches, creo que jamás mantuvimos una conversación seria, ni tampoco divertida.

Mi abuelo se declaraba agnóstico aunque en realidad era ateo pero por pudor decía que no estaba seguro de nada. A mí eso me inspiraba un profundo respeto. Yo reconocía su fingido agnosticismo en todo lo que hacía, en su manera elegante de comer, en sus andares despreocupados, en la forma como se pasaba la mano por la cabeza antes de ponerse el sombrero... Jamás invocaba a Dios y detestaba la estupidez humana.

Uno de los veranos que el río no trajo agua me fabriqué una honda. Conseguí una

El podador de rosas

rama en forma de horqueta, de naranjo, la mejor madera, la más resistente y flexible. Corté unas tiras de caucho como dos tallarines de una cámara de bicicleta y las até fuertemente a la horquilla y a un pedazo de cuero que saqué de la lengüeta de un zapato viejo. Con mi flamante tirachinas me fui al lecho seco del río como un jefe indio. El cauce era un camino de rocas pulidas, en invierno la corriente dejaba sobre la arena restos de botellas y latas del verano anterior.

¿Dónde habrían ido a bañarse las muchachas de otros años? Me angustiaba el paisaje sin cuerpos, esos árboles prisioneros del bosque y sometidos al viento y ese río reseco y agrietado, al mismo tiempo que pensaba que las chicas estarían ofreciendo sus atractivos cuerpos a otros ojos en piscinas distantes donde los muchachos serían de clase acomodada y las galantearían con regalos e invitaciones a bailar en discotecas. ¿Qué hacía yo allí en un cañaveral reseco cuando los demás se estaban divirtiendo? Eran las primeras veces que tenía la sensación de encontrarme en un lugar equivocado, sensación que me

El podador de rosas

acompañó a lo largo de mi vida y me hizo partir y buscar constantemente otros horizontes.

Apunté con rabia al cascote verde de una botella de cerveza, lo vi brillar entre las dos diminutas ramas de mi honda, estiré el elástico, la horqueta se cimbrió hacia mí, y disparé una piedra redonda y blanca. El vidrio saltó hecho añicos por los aires. Al instante llegó un gorrión curioso, volví a apuntar aún con más cólera, alineé su cuerpo de plumas esponjosas con el vértice de la horqueta y solté con más ímpetu los tallarines de caucho. El pájaro hizo el vano intento de volar pero cayó como un trapo en un pequeño barranco inaccesible que había al lado del lecho del río. Y yo sentí un alivio, como de haber realizado algo de hombre mayor, aunque enseguida sentí remordimientos.

Regresé a la casa atemorizado, el sentimiento de culpa me provocaba miedo, miedo a ser castigado. Al pasar por el camino cerca de la roca que se mantenía en equilibrio en la ladera del cerro temí que se desprendiera y me aplastara, fue un

El podador de rosas

presentimiento; al cruzar el cañaveral tuve más cuidado que nunca de que no apareciera una serpiente venenosa; caminaba un poco agachado como si el cielo se hubiera convertido en un pesado algodón y se me fuera a caer encima.

Esa noche no pude probar bocado ¿qué extraña relación conecta la consciencia y el estómago? Mi abuelo, al ver que dejaba la comida en el plato me preguntó "¿De qué tienes miedo?" Al principio no le respondí, luego le dije entre dientes: "De todo".

Antes de acostarnos subimos a la biblioteca de la torre y me explicó que no había ninguna relación de causalidad entre mi consciencia y lo que sucediera en el mundo, ni para bien ni para mal, que uno sólo es reponsable ante los demás, sin ninguna consecuencia sobrenatural. Que no tuviera miedo de nada malo, que no existe un Dios justiciero ni vengador.

Quise creerle pero tuve pesadillas imaginando el espantoso maremoto vaticinado por santa Rosa, con olas más altas que el eucalipto que ya estaba enorme, como

El podador de rosas

punición divina a mi maldad. Me sentía el hombre más ruín de la tierra y estaba seguro de haber perdido el derecho a reencontrarme algún día con las chicas del río que me fascinaban. Estaría condenado a vagar en solitario por el mundo.

Mis abuelos no abandonaban nunca la hacienda, todo lo más recorrían el campo con los perros constatando que los potreros estuvieran cerrados y los animales tranquilos, pero a la mañana siguiente, de madrugada, los vi subirse a la camioneta y remontar la trocha camino de Llacallaca, iban en busca de algo que les oí discutir la noche anterior. Él se puso el viejo sombrero marrón que trajo cuando llegó en barco procedente de Amberes y ella unos pantalones amplios y un sombrero de paja. Ascendieron algunos kilómetros hacia la sierra hasta llegar a una cañada sin salida donde había una choza. Mi abuelo llamó a gritos a sus inquilinos, su voz hizo eco en el sombrío farallón de roca y algunas aves de rapiña respondieron con graznidos desprendiendo piedras de la cornisa, pero ninguna voz humana contestó. Parecía no haber ningún ser vivo alrededor

El podador de rosas

de la mísera vivienda, pero advirtieron tenues gemidos. En la parte trasera, en un corral de no más de un metro de altura, estaban encerrados un niño serio y una niña con ojos de muñeca que hablaba sola un lenguaje de monosílabos. Bajo un cielo diáfano orlado de halcones jugaban los niños a gatas con unos juguetes rotos. Mis abuelos se sentaron a la sombra del chamizo y estuvieron toda la mañana esperando y abanicándose con los sombreros hasta que vieron bajar cargados de leña a los padres de las criaturas. “Con los niños no se puede recoger leña, por eso los encerramos en el corral para que no se los coman los lobos”, se justificaba la madre. “Aquí hay poca leña”, le dijo mi abuelo. “Palitos, no más”, respondió la madre, que era una mujer chiquita con una pollera grande que le ocultaba los pies. El padre mantuvo silencio, temeroso de los intrusos.

Trajeron al niño en la bandeja trasera de la camioneta y a la niña la dejaron con sus padres. Al bajarse la mujer de mi abuelo con el niño en brazos, noté que había llorado y que andaba menos femeninamente que de costumbre. Volvió a llorar meses después

El podador de rosas

cuando se enteró que la niña había muerto de fiebres malignas, se lamentaba de no haber podido convencer a la madre de traerse también a la pequeña a casa. Mi abuelo prohió al niño y lo rebautizó como Mateo. En los años sucesivos le enseñó a trabajar la madera que él manipulaba con primor, lijaba las vetas como si estuviera curando heridas y en sus ojos se leía una profunda satisfacción cuando conseguía darle la forma adecuada. Mateo aprendió el oficio muy rápidamente, demostró una habilidad manual excepcional y cuando llegó a la mayoría de edad abrió una carpintería en el pueblo donde también construía ataúdes para difuntos. Le fue bien en su negocio, empezó a ganar dinero y se volvió algo disoluto y fanfarrón, pero nunca dejó de visitar a mi abuelo al que trataba con respeto, aunque campechanamente lo llamara siempre “mi padrino”.

Ahora estoy yo podando los rosales. Mi abuelo está enterrado en el cementerio del pueblo pero su mujer sigue silenciosa en la terraza. Cuando murió mi abuelo, mi padre regresó a esta casa para montar un negocio, pero luego desapareció y falleció en

El podador de rosas

Anatolia, a orillas del mar Negro, sin que nunca supiéramos el motivo de encontrarse en aquellas tierras. Nos advirtió su muerte con una postal que nos pareció trágico cómica: "Me estoy muriendo, ya no me esperen más". Y yo sentí pena por él aunque casi no lo había conocido, era otro miembro de mi familia que como de costumbre moría en un lugar distinto al que le correspondía, entre gente extraña que no derramaría ni una lágrima por él.

Los años transcurridos desde mi niñez hasta la edad que tenía mi abuelo cuando lo conocí han transcurrido a velocidad de vértigo, tanto es así que a veces me pregunto si yo mismo no soy mi abuelo y mi padre. Yo también viajé como ellos, conocí gente que me reconcilió con el mundo y otra que me inducía al suicidio, que amé y me llené de ilusiones, pero siempre con el terror de matar a otro gorrión que pudiera desencadenar consecuencias imprevisibles. Pero también me pregunto si no soy yo el mismo niño que he instalado en la antigua biblioteca de la torre, mi nieto János que vive conmigo desde hace poco tiempo.

2

El podador de rosas

-¿Quién es? -me preguntó sorprendido mi nieto señalando el cuerpo inerte.

- Es la mujer de mi abuelo, el que para ti sería tu tatarabuelo-, le dije.

-¿Y por qué no habla?

- Porque está muerta -le respondí con la naturalidad que da el aceptar la realidad seguro de que no puede ser de otra manera.

La tarde que murió falló el generador de electricidad y la finca se quedó a oscuras. El motor estaba en una caseta un poco apartada para que no molestara el ruido, pero esa tarde se oyeron pequeñas explosiones intermitentes. Mi abuelo, que había estudiado el lenguaje Morse cuando se puso de moda a raíz de la utilización del telégrafo, interpretó

El podador de rosas

inconscientemente los sonidos largos y cortos que hizo el motor antes de detenerse, y tradujo para todos los presentes: “Adios, adios, adios”. Entonces mi abuelo entró a la caseta con una linterna, arregló el motor y salió diciendo: “Era sólo el filtro del aire que estaba sucio”.

Los días posteriores a su muerte mi abuelo no quiso enterrarla, pensaba que mientras su cuerpo permaneciera allí, mirando con ojos vidriosos el polvoriento horizonte, estaría robándole tiempo a la muerte, que nadie se termina de morir hasta que no se le abandona. Mi abuelo seguía acariciando la cabeza de su mujer y hablándole al oído como si continuara viva. Era una forma de proseguir los cuidados que le prodigó a su quebradiza salud, un último homenaje a su silencio durante tantos años, pero su repentina soledad le hacía comprender que en realidad había sido al revés, era ella quien siempre había estado al cuidado de él.

Pasaron varias semanas antes de que el comisario del cercano pueblo de Lurín se atreviera a conminarle para que inhumara el

El podador de rosas

cadáver, entonces mi padre le enseñó el revólver, no le apuntó con él, ni lo amenazó, sólo sacó el arma de la parte trasera de su cintura con el gesto dramático de mostrarle un riñón ensangrentado. El policía sonrió escéptico y se retiró increpando al guardia que aguardaba al volante del patrullero: “¡Muévete carajo, no ves que nos vamos!” El chófer arrancó el vehículo de mala gana y miró a su jefe con desprecio, reafirmando su opinión de que era un cobarde.

A partir de allí empezó el interminable pleito con las autoridades. Mi abuelo rompía sistemáticamente todas las comunicaciones que recibía. Las traía un chico harapiento con pronunciados rasgos de subnormalidad que era el recadero de la comisaría. Mi abuelo le daba a cambio una bolsa de higos que el muchacho se iba comiendo encantado por el camino de regreso. Un día lo dejó entrar a ver a mi abuela y él se persignó respetuosamente ante la mirada del cadáver. A partir de ese momento fue el único en el cuartelillo policial que no se refería a mi abuelo como “el gringo loco”.

El podador de rosas

A medida que se fueron desarrollando los acontecimientos posteriores, las autoridades terminaron desistiendo de todo intento de obligar a mi abuelo a darle sepultura a su mujer. “Que haga lo que le salga de las bolas” dijo el comisario dando carpetazo al asunto.

Unos días antes de que mi abuela se quedara petrificada mirando el horizonte llegó una santera a la casa. El papagayo que andaba suelto por el jardín odiaba a esta mujer, como si supiera que era portadora de malos presagios.

Era un día de vendaval. “Va a ocurrir algo terrible, terrible”, gritaba la santera, “oigan cómo le habla el viento al eucalipto” y nosotros tratábamos de escuchar algo con el corazón compungido y sólo alcanzábamos a ver las ramas del árbol meciéndose como un arpa rota.

Mi abuelo no creía en nada, pensaba que el destino era impredecible y que lo apasionante de la vida consistía en no saber lo que iba a ocurrir al día siguiente, pero a pesar de todo, el anuncio de desgracias le

El podador de rosas

inquietaba, le producía una angustia ambigua, de niño huérfano. No sabía si aquella mujer era un heraldo de malas noticias o si realmente su presencia las generaba. Despidió a la santera con buenas palabras y le dio un cántaro de leche recién ordeñada de sus vacas para contentarla. Pero a la mañana siguiente mandó talar el eucalipto para conjurar los maleficios.

Cuando mi abuela vio la médula redonda y roja del tocón del árbol talado se sorprendió y fue la única vez que la oí hablar: “Es curioso. Este eucalipto ha sido el símbolo de nuestras vidas, lo traje yo cuando llegué y ahora que me voy a ir lo talamos”, pero mi abuelo no la oyó.

La santera regresaría unos años después, el día que se desprendió la gran roca.

Para los muertos y sus deudos el tiempo sufre una marcada aceleración. En el momento que alguien nos deja los días se suceden vertiginosamente y cuando nos queremos dar cuenta han pasado cinco, diez, o veinte años desde que se fuera el ser querido. La mujer de mi abuelo no alcanzó a

El podador de rosas

ver la inauguración del “snack” de la carretera, ni la poza que limpiamos aquel verano, ni las rosas azules que brotaron después de su muerte. En un abrir y cerrar de ojos habían pasado sesenta años desde que se quedara petrificada en el sofá de mimbre del porche. En cambio entre los que permanecemos vivos el tiempo transcurrió desesperantemente lento. Mi hermana se casó y parecía que toda su existencia hubiera estado unida a su gordo marido. En aquella época yo miraba a los vivos como si fueran a estar siempre presentes.

Cuando la mujer de mi abuelo murió nadie se atrevió a tocarla porque decían que su cuerpo quemaba. Se quedó allí sentadita con el horizonte a sus pies como si estuviera viva. Se corrió por el pueblo el rumor de que olía a rosas y que era un cuerpo incorrupto y por lo tanto santo. Empezaron a venir con ofrendas y ruegos como si supieran que las desgracias que acaecen en este planeta son muchas y los santos no parecen dar abasto y dejan la mayoría sin remedio. La gente del pueblo se agolpó ante la finca pidiendo que los dejaran pasar para ser los primeros en

El podador de rosas

rogarle a la santa que los libere de sus miserias cotidianas. Mi abuela, pues, era considerada una santa a estrenar y además como algo autóctono del valle de Lurín.

El porche, con su puerta vidriada y la amplia escalinata sin barandillas frente al huerto, se convirtió en una especie de ermita. Por las tardes, el sol se ponía tras la montera de uno de sus tejadillos de pizarra y dentro se tenía la fresca sensación de estar en unos baños árabes, desde afuera parecía un mausoleo laico, sin cruz.

Ante el asombro de los pobladores de los alrededores los milagros empezaron a proliferar, uno decía que la había visto mover la cabeza afirmativamente cuando le pidió sanar a su hijito de hidrocefalia y que al llegar a su casa lo encontró curado jugando en la calle. Otros decían que la habían visto echar "humo santo" por la boca como cuando fumaba, y le traían tabaco, de allí que empezaran a llamarla "la santa fumadora" y le encendieran cigarros en vez de velas y se los colocaran entre los dedos retorcidos y negros.

El podador de rosas

Mi abuelo al principio no se daba cuenta de lo que estaba ocurriendo, sus pensamientos eran confusos. No sabía que su casa se estaba convirtiendo en un lugar de peregrinación. Vivía como aturcido volviendo una y otra vez sobre sus pasos entre la gente que visitaba a su mujer y que luego se empeñaba en consolarlo. No percibían que lo que él necesitaba era estar solo con su pena, por eso decidió esconderse, subió al torreón y se metió a la cama desnudo para que nadie lo molestara. No durmió, se mantuvo diez días en vela. Estaba a punto de convertirse en un acostado con los ojos abiertos para el resto de sus días cuando sucedió algo inesperado, llegó un hombre de aspecto enigmático que preguntó por él.

Por el jardín y el huerto de la casa desde siempre habían cruzado personas que no conocíamos, eran vecinos del pueblo que se habían acostumbrado a cortar camino para ir al río, o para “huaquear” en las ruinas de Pachacamac a las que se llegaba por detrás del eucaliptal. Mi abuelo no había querido vallar el terreno. Nunca saludábamos a los transeúntes porque mi abuelo decía que

El podador de rosas

algunos de los que seguían pasando por allí ya eran difuntos. Yo una vez había visto a una atractiva mujer madura que se detuvo bajo la higuera y se dio la vuelta para mirarme, me hizo un gesto de impotencia con la mano y desapareció. En el lugar donde se detuvo se quedó un olor picante a cebada cruda que los perros estuvieron olfateando toda la tarde, pero a mí me dejó un regusto dulce.

El visitante que llegó esa tarde irradiaba un aire extraño, miró vagamente a su alrededor y preguntó por mi abuelo. Yo subí a avisarle y se levantó de la cama de mala gana para asomarse por la ventana y verlo desde arriba, en su cara noté un gesto apacible que reemplazó el ceño adusto que mostraba desde hacía un tiempo. Se puso su camisa sin abotonar y sus pantalones sucios de barro y bajó a recibirlo. Noté que había perdido peso, sus costillas cubiertas de vello se le marcaban en el pecho como las cuadernas de una barca varada. Trató con amabilidad al visitante, luego hablaron en la cocina que seguía intacta como la había dejado su mujer. Mi abuelo sacó unas

El podador de rosas

botellas de vino y bebieron y conversaron hasta la madrugada.

El visitante era poeta. Le pidió a mi abuelo que lo escondiera, lo perseguía el ejército, lo acusaban de pertenecer a uno de los movimientos revolucionarios que actuaban en la selva. Mi abuelo lo acomodó en el cobertizo de atrás de la casa y empezó a ocuparse de él. Iba al mercado por las mañanas y luego cocinaba para su amigo. Esa pequeña obligación rutinaria le fue levantando el ánimo.

Un día los vi montando el telescopio en la azotea desde donde podían divisar hasta la bandera del puesto militar de las lomas de Atocongo. “Cualquier movimiento que se produzca en el cuartel lo podemos controlar desde aquí”, le dijo mi abuelo.

Algunas noches se quedaban conversando en la azotea al lado del telescopio. Yo les llevaba café, me gustaba oírles, me rezagaba al pie de la escalera y veía la sombra del fugitivo gesticular con parquedad, casi con timidez, sin darle importancia a nada, como si todo lo que

El podador de rosas

hiciera fuera efímero y se desvaneciera en el aire. Contaba los detalles de su reciente viaje a Cuba. Mi abuelo lo observaba con cariño, los unía una antigua amistad. Él lo veía tan indefenso que tenía la sensación de que hasta entonces nunca había hecho nada por nadie y en esta ocasión se volcaba en ayudar a su amigo. Le daba comida y conversación y sentía la íntima satisfacción de estar realizando lo que debía. Tal vez envidiaba el idealismo del guerrillero, su desprendimiento por todo lo material. Nuestro visitante partió unas semanas después cuando supuso que ya había pasado el peligro. Nos dijo que se iba a la selva a reunirse con la guerrilla y mi abuelo desmontó el telescopio.

Un día que estábamos guardando las provisiones compradas en el mercado, vi la foto de nuestro amigo en el periódico que envolvía las papas. Lo habían matado de un tiro en una escaramuza del ejército. Arrugué el periódico y lo arrojé a la basura, creo que mi abuelo nunca se enteró de su muerte, aunque la sospecharía.

Poco a poco, mi abuelo recuperó su actividad y descubrió la transformación que

El podador de rosas

estaba sufriendo su casa a sus espaldas. Ante el espontáneo montaje religioso perdió su compostura de educado pensador agnóstico y arremetió contra lo que él denominaba "supersticiones divinas". No soportaba ver tanta gente crédula acercarse llena de esperanza a la que había sido su mujer y los espantaba a gritos y a palazos, pero nunca desenfundó la pistola, excepto una vez que un zambo le mostró una escopeta con el brazo en alto al tiempo que lo amenazaba diciéndole que le iba a pegar un tiro si no le dejaba besar los pies a la santa. Mi abuelo le respondió que él también llevaba la pistola encima para matar cojudos supersticiosos que creen en cojudeces y se negó a dejarlo entrar.

Había muchas familias humildes que bajaban andando de la sierra con sus ofrendas vivas de gallinas y cuyes creyendo que iban a un lugar sagrado y al llegar se quedaban perplejas ante la actitud agresiva de mi abuelo, otros venían de Lima en sus lujosos automóviles y el campo se llenaba de chapas de colores brillantes al sol. La mayoría de los automovilistas, al ver las

El podador de rosas

dificultades que tenían para acercarse hasta la santa fumadora, desistían y regresaban por donde habían venido lo que formaba atascos descomunales en el puentecillo del río entre los que querían dar la vuelta en la misma carretera y los que pretendían llegar al santuario. A pesar de todo, mi abuelo no podía impedir que algunos llegaran hasta la casa y soltaran los ramos de flores casi corriendo en las escalinatas. Mi abuelo se agobiaba mucho y se quedaba refunfuñando.

Él murió poco tiempo después pero no del disgusto sino de las tercianas. Nadie se muere en el momento que debe, siempre nos morimos antes de tiempo, tal vez por eso, mi abuelo, para consuelo de los que lo queríamos y para asombro de todos, resucitó. En esos años los hospitales se llenaron de gente temblando de frío y cuando los echaban en los camastros con una frazada por encima sudaban como condenados. Las tercianas no respetaban a nadie, niños y ancianos fueron los más afectados, lo cual incrementó las visitas al santuario. Mi abuelo se negó a que se lo llevaran al hospital, hizo que le sacaran el catre al huerto para no

El podador de rosas

contagiar a nadie y allí pasó las fiebres entre las gallinas y sus rosas.

Cuando Mateo vino a visitarlo le pidió que le hiciera un ataúd "Pero bonito, pues, charoladito", le dijo. Mateo era como un hijo para mi abuelo, bajito, color chocolate mohoso, parecía que le hubieran afilado la nariz con una garlopa que le daba un aire de tucán sarcástico. Sólo hablaba de mujeres, pero era buen carpintero, fue el artífice de los arabescos tallados en las estanterías de la biblioteca del torreón, trabajo admirado por las escasas visitas que habían llegado a subir hasta ese lugar. "Tienes que apurarte", le añadió castañeteando los dientes, "porque no sé cuánto van a tardar en matarme estas jodidas temblequeras".

"Se lo voy a hacer de cedro, padrino", le dijo Mateo, "bien charolado de color clarito, para que derrita a las mujeres que asistan a su funeral". No terminó de decírselo cuando mi abuelo intentó reírse y le vino una convulsión y allí expiró. Mateo corrió a su taller a traer un ataúd que ya tenía hecho para casos urgentes, comprobó que a lo mejor iba a resultar pequeño debido a que mi abuelo

El podador de rosas

tenía los huesos largos, pero de todas maneras lo cargó en su desvencijada camioneta y lo trajo a la casa. Cuando llegó mi abuelo lo recibió ensillando su caballo dispuesto a irse al pueblo a comprar maíz para las gallinas que se habían quedado sin comer todos esos días. Mi abuelo siempre prefería ir al pueblo a caballo, en ocasiones yo lo acompañaba en bicicleta.

-¿Quiubo, quiubo, quiubo? -repetía perplejo Mateo con el tratamiento que presuponía el respeto que siempre le había tenido, pero sin poder evitar exagerados aspavientos de asombro por encontrárselo de pie ensillando al caballo-. ¿Resucitó mi padrino?

-La chicha, la chicha de jora que es buena para todo-, le cortó mi abuelo antes de que el carpintero tuviera la tentación de iniciar una conversación sobre milagros y mujeres.

-¿Y ahora dónde meto el cajón?

-Déjalo en mi cuarto, ya veré qué hago con él, pero no te lo voy a pagar hasta que

El podador de rosas

me muera de verdad, o sea que todavía tendrás que esperar un rato.

La gente atribuyó su resurrección a la santa fumadora y se redoblaron las visitas a su cuerpo incorrupto para mayor desesperación de mi abuelo. Además, no soportaba que lo observaran con curiosidad como si fuera un espíritu viviente.

Mi abuelo murió de veras varios años después, pero no desapareció del todo. Al principio lo seguíamos viendo todos los días, seguía acariciándole la cabeza a su mujer y hablándole al oído, lo veíamos cuidando sus rosas azules, lavándose la cara en la pila del patio... pero conforme pasaban las semanas lo veíamos menos, sólo aparecía por las tardes entre dos luces, su figura se desvanecía borrosa como si llevara la ropa demasiado ancha y liviana, hasta que desapareció y no regresó más. A mí sus apariciones no me producían miedo, sino curiosidad, y cuando dejé de verlo comprendí que su presencia iba a ser imprescindible en mi vida.

El podador de rosas

Recuerdo su ataúd lleno de libros que él bajaba del torreón para leerlos en la cama. A su muerte volcaron la caja en el suelo y metieron su cadáver de forma que en el centro de la habitación había dos túmulos, el de mi abuelo en su féretro y el de los libros en una manta. Noté que le habían anudado una corbata negra sin cambiarle la camisa de colores y que se la habían ajustado tanto que parecía que hubiera muerto ahorcado y no por un tiro por la espalda como sucedió. Era un día de sol y por la ventana abierta percibí suavemente el olor picante a cebada cruda y volví a ver pasar a la mujer que una vez me saludó bajo la higuera.

Para el entierro mi madre me había obligado a ponerme los pantalones bombachos que me producían un calor insoportable en las piernas y viendo a mi abuelo comprimido en el ataúd de Mateo pensé que era probable que a él también le hubieran agobiado las prendas cerradas durante toda su vida.

Caí en la cuenta que no recordaba haberlo visto nunca vestido con una prenda de abrigo, ni con una chompa ni chaleco sin

El podador de rosas

mangas, siempre iba en camisa, ni siquiera en las fotografías que le tomaron en países fríos de inviernos luminosos, en las que salía con cierto aire solitario con una ligera chaqueta que el viento le levantaba los faldones por un lado, ni siquiera allí llevaba abrigo. En la torre guardaba el retrato tomado en la terraza de un hotel en una ladera nevada, aparecía abrazando a una mujer que no era la suya; daba la sensación de que estaba viviendo momentos felices. Es arriesgado decir esto de personas tan singulares que llevan auestas la soledad como una enfermedad incurable, no sólo por no haber sido queridos sino por no haber sido ni siquiera pensados de acuerdo al fatal sino de mi familia de ignorar a sus miembros. Siempre pensé que esa fotografía había sido la causa de la separación de su primera mujer, mi verdadera abuela, aunque la fotografía probaba justamente su inocencia, su deseo de amar a cualquier precio, su imagen emergía como un fantasma aferrado a una mujer que pronto lo abandonaría. Un día me la mostró e intentó explicarme algo que yo no percibí con claridad, pero me sugirió

El podador de rosas

con sus silencios cuál había sido su relación con ella.

La mujer de la foto era alta, delgada, le gustaba vestir en tonos gris perla y cuando hablaba en español, bajo su pronunciación anglosajona, se le notaba aún el suave acento andaluz de su niñez. Desprendía un halo melancólico que quizás ocultaba algo muy importante que le haría mucha ilusión, pero que nunca reveló. Mi abuelo la trataría con delicadeza, como si se le pudiera quebrar algo por dentro. En ese viaje recorrieron los Alpes confundidos en la nieve, por paisajes en blanco y negro donde el color se abría como pequeñas heridas, mi abuelo los recordaba siempre con una mezcla de ternura y melancolía.

Al funeral de su suegro mi madre había llegado con una maleta de mano y una sonrisa tímida, se cambió en el piso de arriba los pantalones rojos que traía puestos y la ví bajar a los pocos minutos con un vestido negro que la hacía más delgada y unos zapatos de tacón alto. Creí percibir en ella un aire morboso, provocador. Algunos hombres que habían venido de Lurín pensarían lo

El podador de rosas

mismo que yo porque se fijaron en ella desvestiéndola con la mirada y creo que ella se sintió orgullosa porque sacudió el pelo como acostumbraba a hacerlo cuando le daba el toque final a un plato que había cocinado y me lo acercaba a oler sonriendo e imaginando el placer que iba a provocar en los paladares de los comensales que solían ser artistas y escritores que ella invitaba con cierta frecuencia a nuestra casita de Miraflores.

Al sentirse observada me echó una mirada pícara como diciéndome "todavía soy deseada". Ella se llevaba bien con mi hermana, pero conmigo tenía un pacto tácito de complicidad. Creo que en el entierro de mi abuelo se sintió un poco extraña y necesitaría algún apoyo porque nunca se llevó bien con su suegro, le echaba la culpa de que mi padre hubiera salido tan libertino. Mi madre se creía una mujer justa pero a menudo se dejaba llevar por sus pasiones. En cuanto a su opinión sobre mi abuelo no tenía razón, él no era el responsable del carácter díscolo de mi padre, en realidad no lo había tenido a su lado mucho tiempo, quien se

El podador de rosas

ocupó de la educación de mi padre fue mi verdadera abuela, a la que yo no llegué a conocer.

 Mi padre no asistió al entierro. Rastreamos sus últimas cartas y postales para averiguar su paradero pero todo fue inútil. En esa época ya actuábamos como si no existiera. Tratar a los muertos como a vivos es un consuelo, se puede convivir con ellos hablándoles, tocando sus cuerpos etéreos, pero para mí resultaba extremadamente triste tener que tratar a los vivos como a muertos.

El podador de rosas

Mi padre apareció un día de verano a las tres de la tarde con los aires de un Falstaff del siglo XX, más palabrero que hablador, más embaucador que afectuoso, más erotómano que amante. Se bajó del Ford Mustang azul que traía inundado de música country a la que era muy aficionado tras su paso por Norteamérica y mirando el torreón dijo: "La Torre de Papel habrá que tirarla algún día". Después preguntó qué había de comer.

Había engordado desde la última vez que lo vimos y su cabeza plateada resplandecía al sol. Nadie sabía de dónde venía pero por su comportamiento se diría que nunca había salido de la finca. Fingía un entusiasmo juvenil a pesar de que ya sintiera la vejez

El podador de rosas

trepándole por las piernas y una úlcera perforándole el estómago.

No se preocupó en preguntar quién mató a mi abuelo; no se sabía. Pudo ser una antigua venganza que él siempre temió, alguna pendencia que tuviera en el pueblo y que desconociéramos, o la absurda sospecha de que era inmortal por parte de Mateo que lo quiso probar pegándole un tiro, aunque algunos con perversidad viperina insinuaban que lo había hecho para cobrar el ataúd. La realidad fue que lo encontramos derrumbado entre sus rosas con un boquete ensangrentado en la espalda y alguien dijo haber visto a un hombre que huía por el campo como un orate con una escopeta en la mano. La policía tampoco quiso exagerar sus indagaciones porque consideraba que lo que sucediera en la finca era algo enigmático que dependía más del cielo que de su sórdida comisaría.

A mi madre le había horrorizado heredar la casa de mi abuelo con la santa inquilina dentro. Terminado el entierro se volvió a poner sus pantalones rojos y no regresó jamás, pero cuando meses después llegó mi padre él sí demostró mucho interés en

El podador de rosas

hacerse cargo de la finca. Yo en el fondo me alegraba porque sus proyectos me permitirían seguir pasando mis vacaciones allí.

Un domingo oí la algarabía de una fiesta en la hacienda vecina, me acerqué y vi a las chicas del río bañándose en la piscina de Jacinto. Habían organizado una pachamanca criolla en el jardín y unas corrían alrededor de la piscina perseguidas entre risas por el apuesto joven mientras otras comían succulentos cochinillos con papas. Se lo conté a mi hermana y a partir de entonces dejó de cantar "*She loves you*" y de paso me dejó de hablar a mí por habérselo dicho.

Mi padre al llegar se ganó las simpatías del personal de servicio. Lo primero que hizo fue comunicarles que les subiría el sueldo. Contrató algunos muchachos más del pueblo para controlar los accesos al recinto. Con una pequeña obra de albañería terminó de independizar el porche del resto de la casa convirtiéndolo en un auténtico santuario y trajo a un muralista para que pintara un fresco religioso en la nueva pared divisoria. Pero al pintor no se le ocurrió otra cosa que representar "El rapto de las sabinas", obra

El podador de rosas

que desconcertó a los feligreses. Se trataba de un artista local de renombre pero algo despreocupado y las repetidas advertencias que se le hicieron para que tuviera cuidado con el cuerpo incorrupto no sirvieron para evitar que lo manchara con una champa de cal en la cabeza que nadie se atrevió a limpiar por temor a desmoronar la momia. El nuevo aspecto de la mujer de mi abuelo con la cabeza blanca un poco más agachada, delante del mural de cientos de mujeres semi desnudas y soldados romanos, no mermó la devoción de sus fieles, antes al contrario celebraron el cambio como un nuevo prodigio divino: le habían salido canas de sufrimiento por los pecados del mundo. La santa había cobrado el aspecto de la vieja diosa indígena Apurimac.

Mi padre empezó arreglando el jardín que siempre se mantuvo asilvestrado, desbrozó la parte central dejando una pequeña explanada, abrió senderos con barandillas para que la gente pudiera pasar con comodidad y le dio un aspecto moderno distribuyendo parterres de flores de forma asimétrica aunque respetó la zona de los

El podador de rosas

rosales que mi abuelo injertaba para obtener variedades de colores. A pesar de todo yo continuaba oyendo de noche el siseo de las serpientes que alguna vez me dijeron que eran la encarnación de los difuntos, había muchas, probablemente provenían de las ruinas incaicas y las veía deslizarse sobre las baldosas del santuario como si nadaran.

Tres mujeres desconocidas vestidas de blanco se ocupaban fervorosamente de mantener la limpieza y la decoración del santuario; aparecieron un día y volvieron todas las mañanas sin que nadie se lo pidiera, mi padre las llamaba las Parcas, siempre impolutas, sumisas y almidonadas. Ellas se encargaron de mandar imprimir las estampas con la imagen de la mujer de mi abuelo como una antigua tapada bajo una leyenda que ponía: “Sierva del Señor. A la espera de ser beatificada por su vida ejemplar y sus innumerables milagros.”

La voluntad de mi padre de renovarlo todo no se detuvo en las obras para facilitar el acceso y las peregrinaciones en grupo, organizó las visitas con sus respectivas donaciones, montó un mercadillo de reliquias

El podador de rosas

e ingeniosos "souvenirs" que Mateo se encargaba de fabricar a escondidas en su carpintería. Los más vendidos eran los "Dedos de santa" a los que se les atribuían virtudes curativas. Se vendían por separado el pulgar, el índice, el del corazón, el anular, y el meñique, o juntos en una especie de manojó. Los dedos se suministraban con un pequeño prospecto que indicaba sus propiedades terapéuticas. En vista de que muchos de los peregrinos no sabían leer siempre andaban por allí las Parcas dispuestas caritativamente a interpretar los poderes curativos de cada uno de los "Dedos de santa" y su aplicación a las dolencias de los interesados. Por supuesto que el autor de la literatura médica surrealista, era mi padre. Por ejemplo, decía que el meñique era bueno para los males de oído y de ano y que bastaba con acercarlo a las zonas enfermas sin necesidad de introducirlo en los respectivos orificios para sentir inmediato alivio a dolores y picores.

También concertó autobuses para que trajeran gente en peregrinación desde las provincias más alejadas, montó una amplia

El podador de rosas

gasolinera techada, echó brea sobre la polvorienta carretera, aunque dejó sin arreglar el puentecillo de entrada a la finca que siempre fue motivo de conflictos automovilísticos.

Se sucedieron meses de actividad febril, había gran cantidad de obreros trabajando y la afluencia de los peregrinos era cada día mayor. Mi padre quería convertir el santuario en algo así como un Lourdes criollo. El alcalde de Lurín le concedió la medalla de oro municipal en premio a su laborioso esfuerzo.

Pero en la gestión del gran negocio de las donaciones empezó a destacar una mujer que había tenido amores juveniles con mi padre y que él había nombrado como gobernanta. Se llamaba Alba, llevaba las cuentas y velaba para que las visitas se desarrollaran con celeridad. Era una mujer callada y misteriosa que disimulaba sus rasgos negroides con abundante maquillaje. Pertenecía a la categoría de mujeres capaces de pasar del amor más puro y profundo a la indiferencia más absoluta, del ardor sexual devorador a la frialdad del tímpano semi

El podador de rosas

hundido. Mi padre la trataba con deferencia y jamás lo vi explicándole nada porque en cuanto él se refería a algo ella lo adivinaba y se ponía a ejecutarlo inmediatamente. En el pueblo ella había tenido varias relaciones sentimentales y aunque permanecía soltera, de alguna había tenido un hijo al que le puso el extraño nombre de Garamante. Era un niño taciturno, apegado a las faldas de su madre, yo siempre sospeché que era mi hermanastro. A pesar de su reserva y parquedad le tengo que agradecer que cuando regresé sesenta años después, fallecidos ya mi abuelo y mi padre, me contara lo que aquí había sucedido durante mi ausencia.

Los supuestos prodigios ocurridos en el rancho de mi abuelo ya habían trascendido al resto del país siendo objeto de comentarios en los diarios de Lima y en tertulias radiofónicas. Se presentaron algunos parasicólogos en busca de mayor información que mi padre no dudaba en atender en una pequeña salita a la que llamaba ostentosamente “Sala de prensa” donde les daba con todo lujo de detalles la vida y milagros de la mujer de mi abuelo.

El podador de rosas

La Iglesia sin embargo no quiso pronunciarse sobre el fenómeno y se mantuvo en cauteloso silencio, el obispo negaba tener ninguna información sobre el montaje del santuario. No así el párroco de Lurín que solía visitarnos con cierto entusiasmo, pero más bien lo hacía por motivos personales, estaba muy agradecido a mi padre por haberle traído de Italia una colección de libros ilustrados sobre pintura clásica que era su gran afición. "Este cura pendejo lo que quiere es ver calatas aunque sean antiguas" comentó mi padre después de entregarle los libros. El cura era tolerante y aceptaba con disimulada envidia el trasiego de gente en el interior del santuario mientras su parroquia se mantenía casi vacía y jamás se daba por aludido con las bromas pesadas de mi padre. Era un tipo vivaz y se expresaba con gestos nerviosos aunque tuviera cara de muerto, la barba le crecía sobre su rostro pálido de tocino seco y la nariz se le perfilaba en el labio superior. Hablaba de una forma tan rebuscada que yo por momentos tenía la impresión de que hablaba en latín, esto también me sucedía con el resto de los curas que frecuentaba en el colegio jesuita al

El podador de rosas

que asistía durante los inviernos en Lima. Cuando me encontraba en el rancho de mi abuelo me olvidaba totalmente de la otra faceta de mi vida, como si el colegio perteneciera a un mundo sórdido e inconfesable.

Entretanto mi hermana, que detestaba a mi padre, se había ido a vivir a la casa de mi madre en el barrio de Miraflores abandonando definitivamente sus pretensiones de seducir a Jacinto y poco tiempo después se casaría con el prestigioso abogado limeño que le iba a proporcionar todo lo que ella buscaba: seguridad, dinero, hijos, intensa vida social... pero nada de amor, tampoco a ella le preocuparía mucho esa carencia porque creo que nunca llegó a saber lo que era el amor. Mis padres estaban separados desde hacía mucho tiempo pero se llevaban bien y cuando se encontraban recreaban con grandes sonrisas el escenario de su vida anterior, donde hacían gala de su indiferencia mutua, su falta de interés del uno por el otro.

Al lado de mi madre, mi padre se sintió siempre insignificante. Ella aparentaba saberlo todo, le explicaba a él el mundo en

El podador de rosas

que vivía, como si tuviera a un idiota por marido. Mi padre, cansado de reprocharle su actitud didáctica, empezó a sentirse realmente idiota, por eso huyó. Lo comprendí desde muy niño y se lo comenté a mi hermana, pero ella era como mi madre, no se enteraba de lo que no le interesaba, además también me consideraba a mí un idiota. Mi padre en cambio, me hacía confidente de sus pensamientos. “A las mujeres sólo se las puede soportar amándolas”, me dijo una vez con su voz grave de conferenciante cuando ya había dejado de amar a mi madre. Pocas semanas después desapareció de casa y empezaron a llegar sus postales desde remotos países. La primera que recibimos procedía de Río de Janeiro y nos decía que estaba en Brasil por motivos de trabajo. Mi madre ni se molestó en confirmar si eso era cierto. Yo estaba seguro que se estaba tomando la revancha de tantos años de humillación, sobre todo cuando mi madre me comentó que el banco le había comunicado que mi padre había retirado el dinero de todas las cuentas.

El podador de rosas

En sus travesías por el mundo mi padre había pasado alternativamente por épocas de opulencia y de pobreza. Cuando se le agotó el dinero que se llevó cayó en la miseria, estaba en París y no tuvo reparo en dormir bajo los puentes como un “clochard”, le parecía hasta divertido aunque se estuviera muriendo de hambre. Su optimismo superaba cualquier circunstancia. Un día que no había comido vio una cancha de tenis en un parque entre dos casas, estaba jugando una joven pareja, él en “shorts” y ella en falda azul plisada que cuando se agachaba para llegar a una pelota difícil se le veían las braguitas blancas. De vez en cuando detenían el juego para tomar bebidas isotónicas y se reían. Contrariamente a lo que podría suponerse, la visión del juego en tan lujoso decorado parisino y la buena salud que exhibían los jóvenes tenistas, le produjo a mi padre una sensación de euforia, era la demostración de que en este mundo era posible vivir sin trabajar, jugar al tenis y tomar bebidas isotónicas. Desde entonces las mujeres le parecieron más deseables, los hombres más absurdos, las madres más afectivas y los niños menos molestos. Fue un cambio en su

El podador de rosas

vida que lo preparaba para otras épocas de bonanza y despilfarro que también experimentó.

Su mejor etapa la disfrutó cuando adquirió por poco dinero unos solares en unos humedales de Florida en Estados Unidos. Los urbanizó, construyó unos chalets, un club náutico con piscina, un paseo con farolas, un cine-teatro con columnas y un parque con canchas de tenis, tal vez rememorando las de París. Un cartel en la entrada de la urbanización anunciaba: “Lurín de Florida. El lugar ideal para la gente feliz”. Estaba escrito en español, los norteamericanos sorprendidos detenían sus coches con intención de descubrir en qué consistía la felicidad hispana y qué significaba “Lurín”. Regaló uno de los chalets que hacían esquina sobre la avenida principal a un popular hotelero de Miami Beach, el resto de parcelas y chalets los vendió enseguida, se hizo rico en menos de un año.

Conoció en esos días a Gladys, una dinámica arquitecta divorciada de Massachusetts que se entusiasmó con el proyecto. Con ella diseñó los chalets, el

El podador de rosas

club y el anacrónico cine-teatro greco-latino. El amor entre ellos nació entre planos y cafés hasta altas horas de la madrugada. Su casa fue la primera en construirse, era un verdadero palacio en la parte más alta y recóndita de la urbanización al lado de un pinar desde donde se podía divisar el mar. Celebraban fiestas dignas de ser admiradas por Scott Fitzgerald. Mi padre se creía el Gran Gatsby y Gladys una sofisticada actriz de cine. Todo iba bien hasta que empezaron a surgir los problemas. Los nuevos propietarios de los chalets se quejaban de humedades en sus viviendas, el terreno pantanoso mantenía los jardines de un verde brillante envidiable pero a su vez manchaba las paredes interiores de los edificios. Mi padre consiguió unas pinturas plásticas aislantes y ordenó repintar gratuitamente las paredes, pero poco después empezaron a agrietarse los muros y eso ya no tenía una solución tan fácil como las humedades porque los cimientos no estaban preparados para los terrenos fangosos en los que se apoyaban.

Una tarde los bomberos avisaron que la marquesina del cine-teatro se había

El podador de rosas

descolgado y que se advertía cierta peligrosa inclinación en las columnas. Vallaron el recinto y los vecinos acudieron con sus niños como si se tratara de un espectáculo de feria. Esa noche el edificio se derrumbó con gran estrépito. Mi padre y Gladys huyeron para evitar responsabilidades. Con objeto de despistar a la policía, en el aeropuerto cada uno cogió un avión con distinto destino. No se dijeron a dónde iban y creo que jamás se llegaron a reencontrar.

Mientras mi padre se dedicaba a sus fallidos negocios inmobiliarios internacionales, mi madre tuvo que ponerse a trabajar en actividades que le parecían vejatorias: maquillaba y hacía la manicura de pies y manos a domicilio. Tenía buenas clientas, señoras de la alta sociedad de Lima a la que ella misma pertenecía, pero que desde el día que empezó a ofrecer sus servicios dejaron de tratarla como a una amiga para considerarla como a una sirvienta. A mi madre no parecía importarle demasiado su nuevo estatus porque las despreciaba y se entretenía desentrañándoles

El podador de rosas

su mezquino mundo y en algunas ocasiones escandalizándolas con sus atrevidas opiniones sobre situaciones y personas que en la mayoría de los casos protagonizaban sus propios maridos.

Un buen día mi madre dejó de ser “la manicura” y empezó un nuevo tren de vida, alquiló un lujoso apartamento en el piso quince de un edificio del malecón Armendáriz de Miraflores al que nos trasladamos inmediatamente, se compró ropa de marca y un automóvil rojo con asientos tapizados en cuero en el que me llevaba al colegio. A mí me regaló una bicicleta nueva. Cuando el lujo de mi madre llegó a oídos de mi padre pensó que o le había tocado la lotería o había conseguido uno o varios “patrocinadores” para sus gastos. Se sentía ella tan rica que en un gesto magnánimo le perdonó a mi padre que se hubiera llevado todos los dineros de las cuentas. Además, sabía que mi padre ya se lo había gastado y que estaba en la ruina a raíz de la quiebra de su paradisíaca urbanización de Miami.

Por eso, al heredar mi padre la finca de mi abuelo y presentarse en Lima intentó

El podador de rosas

aprovechar la oportunidad que se le presentaba para recuperar nuevamente su fortuna perdida. Dinamismo e ideas no le faltaron y lo demostró enseguida con el nuevo enfoque que le dio al santuario. A las pocas semanas de la actividad frenética que se desencadenó en la finca por parte de mi padre y del personal contratado, se presentó una extranjera que se hospedó en el “snack” de la carretera e inmediatamente vino a saludarlo. Alba la recibió y examinó con desconfianza. Mi padre no se sorprendió, como si hubiera previsto su llegada aunque nunca hubiera hablado de ella. Yo pensé que podía tratarse de la norteamericana Gladys, de la que tenía una vaga idea y había visto alguna foto, pero no era ella, la recién llegada se llamaba Lisette. Era una mujer que aparentaba algo más de cincuenta años, de nacionalidad francesa aunque nacida en Líbano, delgada, de un rubio ceniza, con ojos claros que habían dejado de ser alegres, irradiaba una sensualidad armoniosa, cuando se dirigía a mi padre le hablaba en un español bastante correcto como bisbiseando.

El podador de rosas

En vista de que mi padre no llegó a tirar la torre como manifestó a su llegada me trasladé a su piso superior que tenía tres ventanas al campo como un minarete árabe y la convertí en mi reducto privado, era un buen lugar para esconder mis miedos. También me permitía la observación de todo lo que ocurriera en el recinto, y podía leer los libros de mi abuelo hasta altas horas de la madrugada, los leía como si comiera pasteles.

Desde mi atalaya presencié la transformación del “snack” de la carretera a partir de la llegada de Lisette. Cada verano descubría nuevas mejoras en el establecimiento. Construyeron una segunda planta y colocaron un letrero rojo en el tejado con el nombre de "Hotel Paradiso", ignoro si en homenaje al cubano Lezama o porque en italiano sonaba mejor. El motivo era que Lisette había adquirido el “snack” para convertirlo en hotel. Con un simple analisis de mercado habría desistido del proyecto hotelero porque Lima estaba a sólo treinta kilómetros de distancia y por lo tanto ninguno de los feligreses necesitaba quedarse

El podador de rosas

a dormir y la otra gran fuente de devotos eran los peregrinos que bajaban andando de la sierra que no podían pagarse un hotel y dormían al raso entre los cañaverales envueltos en sus ponchos y con la cara tapada por temor a las serpientes. Pero el hotel se llenó. Sus huéspedes eran inquilinas jóvenes y atractivas. Se las veía en bikini a partir de medio día tomando el sol en la pequeña piscina que habían construido en la parte de atrás del edificio. Al caer la tarde encendían las luces de colores y empezaban a recibir a los clientes que llegaban de Lima.

En esos días la animación era permanente porque durante el día en el santuario había un bullicioso aunque piadoso ajeteo y durante la noche el hotel se llenaba de gente y de música estridente. Esta situación produjo una competencia entre la enigmática Alba diurna y la activa Lisette nocturna para ver quien recaudaba más caja. Nunca vi que se hablaran, ni que se vieran, probablemente se evitaban, alimentaban una mutua antipatía instintiva. El nexo de unión era mi padre que durante el día permanecía

El podador de rosas

en el santuario y por la noche se trasladaba al burdel para supervisar el negocio.

Lisette inventó ingeniosos juegos y diversiones que atrajeron a más público al establecimiento. Uno de ellos era el "Conejo de la Suerte" que consistía en entregarles a los clientes un número con el ticket de entrada y a las doce de la noche se efectuaba un sorteo, el agraciado con el "Conejo de la Suerte" tenía derecho a acostarse gratis con la chica que eligiera.

Ambos negocios florecieron durante varios años, la policía se acercaba de vez en cuando sospechando que se ocultaba una trama de drogas, pero nunca encontró nada porque mi padre en ese aspecto era inflexible, tenía muy claro que la droga podía ser su ruina y no permitía ni que se fumara marihuana, aunque Mateo tuviera plantadas unas cuantas matas detrás del huerto.

Una tarde noté que el papagayo se paseaba nervioso, hablaba más de lo habitual y emitía chillidos de cólera. A los pocos minutos vimos a la santera cruzar el puentecillo en dirección a la finca. Se detuvo

El podador de rosas

en el centro del patio, mesó su larga cabellera y bailó una danza tribal desconocida. Ya no estaba allí mi abuelo para calmarla ni abrazarla, había muerto asesinado varios años antes. Mi padre la observó con sarcasmo y la despidió sin darle importancia. Mi padre desconocía la coincidencia de sus apariciones con las tragedias familiares.

Al día siguiente de este episodio, cuando el papagayo ya estaba completamente calmado, escuché el característico ruido subterráneo que precede a los terremotos. Alarmado, me asomé a una de las ventanas y vi que había muchos peregrinos que llenaban el santuario y muchos más que aguardaban en la explanada frontal en el momento que empezaban a rodar piedras del cerro en pequeñas avalanchas. La enorme roca que se mantenía en equilibrio en la ladera vibraba como nunca lo había hecho, de pronto empezó a desprenderse como si alguien le hiciera palanca desde atrás. Rodó al principio lentamente cogiendo viada a medida que caía para llegar abajo como un meteorito. La gente intentó escapar despavorida cuando vio lo que se le venía encima pero la roca

El podador de rosas

atravesó el huerto y la explanada aplastando todo lo que se encontraba a su paso y no se detuvo hasta llegar al río. Murieron centenares de personas, familias enteras quedaron semi enterradas en el suelo. La tierra se empapó de sangre y de tiras de piel.

Las chicas del hotel que habían abandonado el edificio aterrorizadas presenciaron la tragedia del santuario y se acercaron corriendo a socorrer a las víctimas. Durante el tiempo que tardaron en llegar las ambulancias se encargaron de suministrarles los primeros auxilios mínimos, darles agua, o hacerles torniquetes en los miembros fracturados. Entre todas me llamó la atención una chica de piel muy blanca y ojos muy oscuros que con delicadeza vendaba y consolaba a los heridos. Sus compañeras la solicitaban para que se ocupara de los casos más graves porque sabían que tenía un curso de enfermería y había trabajado un tiempo como auxiliar de quirófano. Me enteré que en el hotel se la conocía por Casandra.

El santuario quedó intacto, sólo se notaba el rastro de la roca que había pasado por delante, la momia de la mujer de mi

El podador de rosas

abuelo había ladeado un poco más la cabeza pero se mantenía entera. Fue el pretexto para atribuirle un nuevo milagro: Dios había querido salvar el santuario de la santa fumadora. Al poco tiempo se reanudaron las peregrinaciones, con más fervor aún si cabe, y al hotel volvieron los festivos clientes como si no hubiera ocurrido nada.

Mi padre estuvo unos días preso hasta que se aclaró que la tragedia se debía al desprendimiento de la roca por causa de la magnitud del temblor de tierra. La acusación de que podía haber sido causada por una negligencia por su parte le afectó más de lo que se podía suponer. En el fondo mi padre tenía una sensibilidad que a ojos de la gente común, aquella que normalmente se acercaba los domingos con toda la familia cargada de bolsas de comida para pasar el día, podía parecer enfermiza. Si oía algún comentario crítico del santuario se desmoralizaba y amenazaba con abandonar su tarea, él estaba convencido de que lo que hacía era una obra de caridad en ambos negocios. Algunos lo tomaban como el “sumo sacerdote” del lugar y le hacían confidencias íntimas. Mi padre se

El podador de rosas

emocionaba hasta las lágrimas con las alegrías o desdichas más insignificantes de personas desconocidas con las que no le unía ninguna relación especial. No es extraño que desarrollara sus propias defensas para no caer fulminado por las emociones. Era frecuente que aparentara no oír o no ver nada, desentendiéndose de lo que le rodeaba. A veces, hasta se permitía hacer un chiste tomando como objeto lo que le incomodaba y eso solía ser interpretado como una muestra de frivolidad. Sin embargo, cuando cruzaba el descampado y se internaba en el hotel Paradiso se convertía en un hombre frío y calculador y Lisette le informaba de las novedades entre susurros temerosa de despertar su cólera.

Desde su salida de la cárcel se le veía cabizbajo y preocupado hasta que un día tomó la decisión de marcharse. Dejó los negocios en manos de Alba y Lisette y desapareció. Más tarde recibimos la fúnebre postal desde Estambul donde nos anunciaba su próxima muerte, probablemente le habían dado un diagnóstico sin muchas esperanzas

El podador de rosas

de lo que él siempre había pensado que era una úlcera.

Un mes después llegó un gran camión frigorífico que se detuvo en la gasolinera porque le era imposible cruzar el puentecillo de la entrada a la finca. Traía una caja clasificada como “restos arqueológicos”, era el cadáver embalsamado de mi padre. En los documentos de entrega se indicaba que la procedencia era Estambul (Turquía) y el destino Lurín (Perú). Le entregaron a Alba una carta manuscrita de mi padre en la que nos suplicaba que lo enterrásemos en la misma tumba que su padre en el cementerio del pueblo, justificaba su petición diciendo que nunca había pertenecido ni al Perú ni a tierra alguna y que por lo menos después de muerto quería reposar entre la familia. Nos emocionamos al leerla, caímos en la cuenta de lo mucho que lo queríamos y lamentamos que nuestro trato hubiera sido tan escaso. No nos dejaba un vacío porque podíamos seguir viviendo perfectamente sin él, como lo habíamos hecho siempre, pero a mí me angustiaba lo que él ya no iba a poder disfrutar, quizá ahora que gozaba por primera

El podador de rosas

vez en su vida de cierta estabilidad económica y tenía la oportunidad de haber empezado a vivir una vida placentera al lado de sus dos admiradoras incondicionales que le llevaban sus negocios, pero el destino fue cruel e injusto con él, la enfermedad truncó sus esperanzas.

Mi madre se encargó de los trámites, dispuso el funeral con cierta frialdad y no se hizo exactamente como él lo hubiera imaginado. Esa noche lo velaron en la misma gasolinera para no moverlo de sitio, el párroco pronunció unas emotivas palabras sobre su ataúd entre los camiones que se detenían a repostar combustible, sin olvidarse de mencionar la valiosa colección de libros de arte que le trajo de Italia.

Al día siguiente algunos trabajadores de los que él contrató y que aún quedaban al cuidado de la finca, lo llevaron a hombros hasta el cementerio a enterrarlo al lado de mi abuelo. Asistimos los deudos y los trabajadores y a la comitiva se unieron muchos de los peregrinos creyendo que se trataba de un ritual sagrado en relación con la santa. En la primera fila iban Alba y Lisette

El podador de rosas

cubiertas con sus mantillas oscuras sin mirarse ni dirigirse la palabra.

Al regreso del cementerio Alba salió al porche y estuvo de pie mirando el cielo púrpura hasta que cayó la noche. Alba nunca le tuvo miedo a mi padre y por eso pudo quererlo profundamente. Estoy seguro que hubiera querido partir con él tal como lo deseaba cada vez que lo veía irse del Perú. Éste había sido su último abandono y ella sentía que hubiera querido acompañarlo como las amantes faraónicas que seguían al rey a la tumba, pero nadie puede traspasar la muerte. Ella se había quedado a este lado de la línea y me dio la impresión que a partir de ese momento su soledad la haría sentirse la única habitante del planeta. Luego entró a la sala, se sentó en una silla sin encender las luces y le pidió a mi padre que le diera una señal, o al menos que le hiciera alguna de sus bromas que a veces caían tan mal... pero nada ocurrió. Los ruidos que se oían eran los de siempre, el crujir de la madera, el gorgoteo de las tuberías, alguna lagartija entre los muebles antiguos... y en el exterior el canto de pájaros nocturnos zarandeados

El podador de rosas

por el viento incesante. Alba notaba la ausencia de mi padre en todo, menos en el ruido. Esa noche soñó con él, soñó que se encontraban en el huerto y lo abrazaba con cariño como nunca lo pudo hacer en vida y se despertó con una sensación dulce y amarga al mismo tiempo.

Tanto Alba como Lisette lloraron desconsoladas varios días seguidos y parecía que iban a congraciarse entre ellas. Aliviaron su angustia compadeciéndose mutuamente, pero acabado el duelo volvieron a su permanente enemistad si cabe aún más agresiva.

Los años que mi madre permaneció viuda no quiso intervenir en las finanzas de la finca, permitió que Alba y Lisette siguieran trabajando libremente cada una en lo suyo y dejó de cobrar la pensión que mi padre le pasaba, pero no le importó, parecía que era verdad que le hubiera tocado un premio de la lotería porque ni siquiera vino a la finca a reclamar su paga cuando Alba decidió dejar de ingresársela en su cuenta bancaria.

El podador de rosas

Mi madre continuó con gran éxito sus “tertulias de creadores”, como ella las denominaba. Tenía gran poder de convocatoria, su personalidad era arrolladora. No era de las damas que llenaban ellas solas un salón porque era muy chiquita, pero conseguía revolucionarlo. Cuando se mudó a la casa nueva reservó la pieza más amplia y luminosa con vistas a la bahía para sus reuniones músico-intelectuales. Allí reunía a poetas consagrados pero también a muchachos que empezaban a balbucear sus primeros versos en los que mi madre ya había apreciado emociones valiosas. En ocasiones venían guitarristas, cantantes, decimistas criollos y gente de la bohemia limeña a montar una jarana a cualquier hora del día o de la noche. Mi madre los acogía entusiasmada y les servía los platos criollos que ella misma preparaba y que los artistas recibían con grandes muestras de admiración, aunque quejándose siempre de la negativa de mi madre a proporcionarles bebidas alcohólicas. “Al menos una cervecita ¿acaso no hay cariño en esta casa?” le pedían, pero mi madre les ofrecía refrescos de limón con la mejor de sus sonrisas. El caos que se

El podador de rosas

formaba en sus salones era sólo aparente, los asistentes eran el producto de una larga y minuciosa selección secreta de mi madre, ella sabía qué personajes de la farándula limeña, como los buenos cuadros, aunque fueran de estilos antagónicos, podían estar expuestos en la misma sala sin desentonar. No era extraño encontrar a un filósofo conversando con un cajonero de música afroperuana, o a una violinista clásica con un hosco pintor anti-sistema. Mi madre tenía la extraña habilidad de combinar personalidades y potenciar sus afinidades artísticas. A veces ella misma leía sus poemas y no faltaba quien medio en broma medio en serio le improvisara con la guitarra una música de acompañamiento.

Solían asistir a su tertulia escritores extranjeros que estuvieran de paso por Lima. Un poeta español le dijo una vez que era la “Colombine” peruana, cosa que a mi madre la llenó de orgullo. Le inventaron un romance con él que ella nunca desmintió y que además propagó vanidosamente.

Yo pasaba los inviernos con ella y presenciaba todas sus fiestas literarias. A

El podador de rosas

medida que pasaban los años la veía cada vez más ilusionada, como si para ella el transcurso del tiempo discurriera al revés. En ocasiones se pasaba las manos por la falda deslizándolas sobre sus muslos como quitándose pelusas transparentes y me decía: “¡Mira cómo estoy, me encuentro mejor que nunca!”.

En vida de mi padre jamás me acerqué al hotel Paradiso pero en el verano siguiente a su entierro estuve frecuentando su recién estrenado “Salón de Varietés” y conocí a Casandra. Lisette me miraba con desconfianza pensando que yo iba a tardar poco en inmiscuirme en sus negocios, pero se equivocaba, yo iba sólo algunas noches a tomarme una copa, sin meterme con nadie. No me interesaba el negocio.

Encontré en Casandra una comprensión inesperada. Nos entendíamos bien y había una ternura por su parte que me conmovía. Cuando desde el torreón veía las luces del hotel me resultaba insoportable pensar que pudiera estar en esos momentos satisfaciendo sexualmente a un cliente, aunque ella me dijera que no sentía nada, que ni siquiera les

El podador de rosas

veía la cara, que lo hacía únicamente por dinero, para que yo pensara que sus consecutivas parejas eran como personajes de Moravia o de Pavese, incapaces de generar deseos. Pero de forma masoquista yo no podía dejar de torturarme imaginando sus escabrosas relaciones hasta que veía apagarse los carteles a las cuatro de la madrugada.

Una noche en la rifa que se realizaba diariamente con el ticket de entrada me tocó el “Conejo de la Suerte”. Las chicas lo celebraron con alborozo pendientes de mi decisión. Elegí a Casandra. Noté que experimentaba cierta turbación cuando la señalé porque nuestra relación era más sentimental que erótica. Disimuló el primer momento de indecisión que le sobrevino, cogió su tabaco de la barra con gesto nervioso y subió conmigo a la habitación. Cuando empezaba a desvestirse la detuve y le propuse que se fugara conmigo.

La vida me presentaba su lado más simple y puro, como si imaginara a la primera mujer sobre la tierra y yo fuera un hombre primitivo diciéndole que sus cabellos me parecían como la noche y sus ojos como

El podador de rosas

dos lagos oscuros y que su voz era para mí la brisa del amanecer. Palabras e imágenes que recuperaban todo su poder inmarcesible a medida que se las decía.

Cassandra sonrió entre sorprendida y complacida, pero luego me miró seria y me mostró un bebé de meses al que cuidaba a escondidas en su habitación, era uno de los huérfanos de la tragedia del santuario que ella había recogido. "Nos lo llevamos también", le dije y ella aceptó haciendo un gesto de resignación. Cassandra era extranjera pero no quiso decirme su nacionalidad hasta mucho tiempo después.

De esa manera empezamos nuestra huída. Salimos del Perú por Bolivia. Viajamos en toda clase de transportes llevando siempre clandestinamente al bebé, en Santa Cruz logramos ponerlo a nuestro nombre en una documentación falsa que nos habíamos agenciado en Lima y ella quiso que lo llamáramos János. Luego fuimos hacia Oriente, estuvimos en Singapur, Estambul, Alejandría, Atenas y volvimos por Budapest, Bruselas, Londres... tengo el vivo recuerdo de haber pasado dos años intensísimos de

El podador de rosas

nuestras vidas luchando por sobrevivir en distintos lugares del mundo.

En Budapest nos detuvimos varios meses, mi abuelo evocaba esos lugares con nostalgia, en cambio para mí siempre habían estado en uno de los rincones más recónditos del mundo y ahora me encontraba haciendo el mismo recorrido que él. Casandra me iba a desvelar la magia de sus paisajes, la sensualidad del Danubio, su música zíngara mezclada con la brisa, el aroma de sus recodos en sombra. Yo sentía que Casandra era como el río, mansa, silenciosa y profunda. Y además estaba perdidamente enamorado de ella.

Recorrimos la ciudad a pie buscando una tienda de fotografía, “en húngaro los fotógrafos se llaman fényképész”, me dijo ella para que me fuera fijando en los rótulos de los comercios. La notaba ansiosa, no quería probar bocado antes de encontrar al “fényképész” que buscaba. Su padre, al jubilarse de la siderúrgica estatal donde trabajó toda su vida se dedicó profesionalmente a la fotografía y Casandra pensaba que ésa era la única manera de

El podador de rosas

conocer su paradero porque ella estaba segura que continuaría trabajando en su pasatiempo preferido.

Su alegría fue enorme cuando en un callejón que daba al paseo en la parte más baja del río encontramos a un anciano de pelo blanco sentado a la puerta de una tienda de fotografía. Ella inmediatamente se dirigió a él en el dialecto magyar oriental.

Cuando el anciano se levantó con evidente sorpresa y alzó los brazos para demostrar su alegría no la llamó Casandra sino Boriska y pronunció su nombre con especial cariño, como si conociera la vida sacrificada que había llevado en el Perú. Se abrazaron largamente llorando.

La deplorable condición económica de sus padres les había obligado a cambiar de barrio en repetidas ocasiones para terminar allí donde lo encontramos, en una de las zonas más pobres de la ciudad, en los arrabales del río.

Su madre ya no estaba con él, la habían tenido que internar en un asilo público

El podador de rosas

porque su demencia senil necesitaba cuidados especiales que no le podía dar su marido. Las cosas no les habían ido bien los últimos años a pesar del dinero que mensualmente les había ingresado Casandra desde Lima. “Ya nadie se fotografía, los últimos fueron unos novios de Transilvania, pero ni siquiera regresaron a recoger sus fotos”, se lamentó su padre señalándole con la mano las imágenes en blanco y negro de una pareja risueña, colocadas en un pequeño escaparate polvoriento. Pronunciaba las palabras lentamente sin dejar de mirarme a mí, como si quisiera compartir conmigo su frustración. Casandra movía afirmativamente la cabeza y me traducía enseguida sus palabras. El anciano se emocionó con su nieto peruano, el pequeño János, que no paraba de hacerle morisquetas.

En los días siguientes Casandra continuó interesándose por todo lo que veía como una niña ilusionada. Era la tierra de su infancia, llena de recuerdos. Disfrutó con el pequeño János por las calles de Buda, lo montó en los columpios del diminuto parque de la calle Vitéz a donde la llevaban de niña...

El podador de rosas

aparentaba estar muy contenta pero yo no veía que desapareciera del todo su ansiedad.

Fuimos a ver a su madre. No reconoció a su hija, babeaba, decía palabras en su dialecto que Casandra no entendía. Miró al pequeño János con estupor. Estaba sentada en una silla en un patio lúgubre, rodeada de otros ancianos tullidos que arrastraban a duras penas sus columnas vertebrales deformadas como ochos, otros permanecían en sillas de ruedas, dos o tres eran ciegos, los más tosían con toses roncadas como perros. Al ver los cuerpos tan deteriorados, tan enfermos, pensé que si la especie humana había sido diseñada por algún ser superior, nuestro creador tenía que ser un imbécil porque no pudo hacernos peor. Había tanto dolor entre los inquilinos del asilo, tanto vacío, que se diría que allí el tiempo era un lamento incesante. Esos ancianos que se arrastraban de un lado para otro no tenían entidad propia, eran sólo pensamientos tristes. Sin embargo formaban un magma morbosos como una cloaca desconocida para el resto de los habitantes de la ciudad. Retiré a János del lugar para que no presenciara tan

El podador de rosas

lamentable espectáculo y esperé a Casandra en la calle.

Falleció la anciana dos días después de nuestra visita, como si hubiera estado esperando a su hija a pesar de no reconocerla. El sepelio fue en el mismo asilo, muy rápido, como para que el resto de inquilinos no lo advirtieran.

Cuando abandonamos la ciudad dejamos al anciano fotógrafo aplicado concienzudamente en disimular su decrepitud. Se cuidaba mucho, había dejado de fumar, tomaba zumos de arándanos, se paseaba todos los días tomando muchas precauciones a orillas del Danubio, como para engañar al destino y al resto de paseantes; quería aparentar que todavía era un hombre útil que se valía por sí mismo, para que la muerte no se lo llevara a él también. Pretendía durar todavía unos años más para ver crecer al hijo de Casandra, lo refería con los ojos brillantes. Sé que no llegó a conseguirlo, cuando lo dejamos se le notaba ya muy enfermo.

El podador de rosas

En Londres tuve una revelación, comprendí la parte que me faltaba de la historia de esa mujer que me acompañaba. Casandra se reencontró con un cirujano húngaro de nombre János que asistía a un congreso médico en el mismo hotel que nosotros. Después de verlos juntos en repetidas ocasiones me confesó que quería volver con ese individuo a Budapest, era un amigo de su juventud, allí podría ayudar a su padre en sus últimos años. Quiso también llevarse a Hungría a nuestro hijo János que en aquella época tenía poco más de dos años. En el aeropuerto el niño me dió un beso rápido de despedida y salió corriendo hacia el embarque donde le esperaban Casandra y su compañero. Lo vi desaparecer bajo las faldas de su madre. Yo seguí mi errática vida y no los volví a ver más.

Regresé a Budapest algún tiempo después, tal vez para constatar su felicidad al lado del hombre que amaba. Estuve sentado en un banco de la avenida Andrassy gran parte de la mañana, cerca de la basílica de San Esteban, y observé que la sólida cúpula central del templo se convertía en humo ante

El podador de rosas

mi vista. Las personas que pasaban por delante eran simples sombras animadas. Cruzó la avenida una mujer embarazada, segura, casi feliz, pero a mí me invadió un sentimiento de peligro por el niño que traía al mundo. Pasé todo el día en la ciudad, andando por las orillas del Danubio bajo la débil luz del invierno, con la esperanza de vislumbrar a la mujer que había amado con locura.

En un gesto que podría parecer el de un psicópata olí el agua gruesa del río y hasta la probé, vi a un pez boquear en la superficie y luego mostrar su pálida panza al cielo, escudriñé las vitrinas anfibas que dan vueltas entre Buda y Pest sin llevar a los turistas a ninguna parte. Me acerqué a los veleros llenos de niños rubios y a las barcazas ocupadas por familias con atuendo de gitanos, pero en ningún sitio encontré ni rastro de la mujer amada, ni siquiera presentí su presencia. Me interné por la callejuela donde estaba la tienda de fotografía de su padre y la encontré cerrada y en ruinas.

Pensé que tal vez la gente cuando es dichosa deja de experimentar sentimientos y

El podador de rosas

desaparece, es el preámbulo al olvido. Volví al río y permanecí bajo un bosquecillo de palmeras hasta un momento antes del anochecer y vi al sol dorar fugazmente la superficie del Danubio. Escribí con el dedo sobre la arena: “Nunca habrías tenido un amante como yo, más amante ni más fiel”. Y me reí.

Soy como los perros a los que les cuesta separarse de la tumba de sus amos, pero la oscuridad bajo el cielo húngaro y las luces dispersas de las embarcaciones me hicieron tomar consciencia de mi soledad extranjera y de la necesidad de marcharme de aquel país. Jamás volví a ver a Casandra, ni supe nada de su vida, ella había decidido quedarse en su tierra para envejecer al lado del hombre que encontramos en Londres.

Tampoco me enteré, durante muchos años, que mi hijo János al hacerse mayor decidió volver a sus orígenes, al Perú del que salió en brazos de su madre cuando sólo tenía unos meses de vida. Digo “mi hijo” porque, aunque no era de mi sangre, llevaba mi apellido desde que logré inscribirlo en una partida falsa en Bolivia.

El podador de rosas

Mientras todo esto sucedía, mi madre continuó viviendo en su espacioso piso del malecón Armendáriz y moriría antes de que yo regresara al Perú. Desapareció casi en secreto, sin advertírselo a nadie, y cuando me enteré me causó un profundo desasosiego. Aún hoy, mucho tiempo después, me angustio al pensar en ella, a pesar de que en mi infancia no me hiciera mucho caso ni se preocupara por mí, fueron muchos inviernos los que pasamos juntos y fui mudo testigo de sus ilusiones y decepciones. Pero a mí me atormentaba recordar lo poco que la quise.

Desde que mi hermana se casó mi madre vivía sola, pero demostraba esa fortaleza que tienen algunas mujeres para soportar la soledad sin que se les note mucho y bastarse a sí mismas hasta sentimentalmente. Un día no contestó al teléfono, mi hermana fue a ver lo que le pasaba y la encontró sumergida en la bañera, había quedado electrocutada debido a un fallo del calentador de agua. Eran las once de la mañana, la ventana del baño estaba abierta de par en par y desde la altura de su piso se veía el azul del cielo

El podador de rosas

confundido con el color oscuro del océano Pacífico.

Tengo la impresión de que mi madre en su madurez había encontrado la estabilidad y se preparaba para ser feliz. Muchos hombres quisieron quererla pero ella nunca se dejó amar, era demasiado vanidosa para que la amara un sólo hombre, sin embargo, al final de su vida había empezado a reconciliarse consigo misma, hubiera podido ser dichosa, estaba dispuesta a aceptar un amor sereno, de tardes dulces al lado de cualquiera de los que mi padre llamaba sus “patrocinadores”. Pero terminó casi en la clandestinidad, sin que ni siquiera los asiduos a sus tertulias se enterasen, a pesar de que continuaba en plena actividad y dispuesta a aprovechar las últimas alegrías de su vida.

Mi hermana me llamó por teléfono para comunicarme la mala noticia. Me dijo con irónica tristeza que hasta para morirse había cuidado los detalles estéticos. La imagen del cuarto de baño con su bata de tul transparente mecida por la brisa que entraba por la ventana abierta y su cabellera rubia flotando en el agua de la bañera, daban la impresión

El podador de rosas

de una “performance” creada por un artista moderno.

Yo me encontraba entonces en Italia, después de alejarme de Budapest me radiqué en Roma donde me dedicaba a la compra/venta de obras de arte. Vivía en el hotel Savoy. A partir del fallecimiento de mi madre empecé a sentir su presencia por los pasillos alfombrados del hotel, alfombras que ella también había pisado en otros viajes y otros hoteles, tal vez en otras vidas. Percibía sus distintos olores que se mantenían en suspensión en el aire como el polvo en un haz de luz. Salía de mi habitación y ante la puerta me venía la dulce fragancia de su perfume preferido, pero si me dirigía a la escalera, en el rellano me invadía el aroma a balneario antiguo del jabón que utilizaba para las manos, si volvía sobre mis pasos percibía el aire ligero de su champú de yerbas... mi olfato llegó a obsesionarme a tal punto que en ocasiones me sorprendía a mí mismo husmeando por los rincones del hotel en busca de su presencia vaporosa ante la mirada atónita de las camareras de las habitaciones.

El podador de rosas

Muertos mi padre y mi madre ya no había razón para que yo volviera al Perú, decidí continuar desarrollando mi vida en Europa gracias a mis conocimientos de arte, actividad que me permitía reservarme también algunas pinturas de gran valor.

Volví a la finca de Lurín con más de setenta años. Encontré la casa cerrada y abandonada. Acomodé en la torre los libros y obras de arte que había ido reuniendo en mis viajes y me dispuse a acondicionar alguna habitación para que me sirviera de dormitorio. Me sorprendió encontrar el santuario limpio y con flores frescas delante de la momia de la mujer de mi abuelo, el lugar parecía una cuidada ermita en un cementerio de pueblo.

A la muerte de Alba el santuario dejó de ser visitado, su hijo Garamante que vivía en el pueblo me contó todo lo que había sucedido en mi ausencia. Él fue el único testigo de la continuación de la historia de la familia. Conservó cuidadosamente papeles y recuerdos, guardó el llavero de su madre y se ocupó de limpiar el santuario por dentro y

El podador de rosas

ponerle flores una vez por semana pero jamás lo reabrió al público.

Lisette vendió el hotel y partió a Francia, las chicas se dispersaron por otros prostíbulos de Lima, el edificio quedó en ruinas pero a pesar de los años transcurridos no había perdido el olor a burdel rancio. El rancho de mi abuelo había vuelto a adquirir la atmósfera que tenía cuando yo venía a veranear de niño, de noche seguían siseando las serpientes en el jardín.

Encontré a Garamante en un bar del pueblo. Nos miramos a los ojos y me reconoció enseguida. Me senté con él en las sillas de la terraza, estaba tan viejo como yo, me puso una mano en la rodilla y respiró profundamente emitiendo un sonido áspero que me sorprendió. Caí en la cuenta que yo nunca había sabido nada de su persona, ni siquiera si era realmente mi hermanastro. Conversamos toda la tarde, me contó episodios de su vida, y ese niño-viejo, taciturno y retraído, adquirió para mí una dimensión humana imprevista y me sentí más hermano suyo que nunca.

El podador de rosas

Me contó que en su infancia sufrió enfermedades graves de los bronquios y los huesos, su madre lo llevaba siempre entre las piernas pero nunca se lo dijo a nadie. No pudo ir al colegio. Estuvo sometido a tratamientos dolorosos dispensados por los chamanes de la región de los que sólo le quedaban pequeñas secuelas en malformaciones de la columna y cuello y su llamativa asma. De niño, las fiebres le producían alucinaciones transitorias que le hacían ver la cama como un potro de tortura, aborreció la comida, el sueño, todo contacto con la gente, únicamente se encontraba bien bajo las faldas de su madre. Jamás tuvo amigos, jamás jugó con nadie. Por eso Alba no se despegaba de él y lo llevaba diariamente al santuario. Me contó que el sufrimiento le hizo perder en la infancia el instinto vital y su existencia había consistido en un solitario reaprendizaje de los placeres de la vida, a veces extremos. Superó el alcoholismo que lo tuvo postrado durante varios años, se enfrentó a la locura de ser un vagabundo inmóvil, logró salir de la miseria yéndose al mar, emigró al Gran Sur, a trabajar de pescador solitario en su propia

El podador de rosas

bolichera. Allí tenía la ventaja de no tener que hablar con nadie, me contaba, y que nadie se burlara de su pequeña joroba. Sólo se lamentaba de no haber tenido ocasión de encontrar una compañera en la vida. Vivía solo, pero hallaba el placer de existir aunque únicamente fuera con algo tan simple como respirar aire puro.

Le pregunté por Mateo, al que yo envidié en otras épocas su capacidad para relacionarse con las mujeres. Me hizo un gesto de contrariedad al tiempo que farfullaba: “Se suicidó, se bebió un frasco entero de la cola que utilizaba para fabricar ataúdes”. Parece ser que contrajo una enfermedad que lo dejó impotente, sin sexo y sin amor, su vida se convirtió en un laberinto donde no veía más puerta de salida que la muerte. Probablemente sufriera una depresión.

Acompañé a Garamante a su vivienda, era una casita limpia y sobria, la única decoración que había en la sala era un disco que colgaba de la lámpara hecho con las plumas del papagayo muerto que andaba años atrás por el jardín de la finca. Recibí de

El podador de rosas

sus manos el llavero y una caja repleta de cartas de mi abuelo y postales de mi padre que sacó de un baúl. Me la entregó sin darle importancia pero yo era consciente de que se estaba desprendiendo de lo que consideraba un tesoro. Se negó a aceptar mi ofrecimiento de ir a vivir conmigo a la finca porque “ya le goteaba la muerte en las pupilas”, me lo explicó riéndose y señalándose los ojos, y no quería moverse de sus cuatro paredes, pero me aseguró que continuaría yendo a arreglar el santuario todas las semanas, mientras pudiera.

Me instalé solo en la casa. Limpié lo imprescindible para habitarla y respeté todos los objetos dejados por mi abuelo y mi padre. Pasé varios días leyendo las cartas que me entregó Garamante y luego me ocupé de los rosales que, inexplicablemente, al regarlos, volvieron a florecer y dieron la variedad de rosa azul tan apreciada por mi abuelo. Era el único habitante de esta finca tan carente de vida y tan plena de recuerdos y fantasmas. Dormía solo, comía solo y hablaba solo. El teléfono no sonaba jamás pero yo a veces lo descolgaba y oía atentamente la señal de

El podador de rosas

marcar como si se tratara de un afectuoso mensaje cifrado que me enviaba un fantasma.

Un día recibí una carta de Casandra, reconocí en el sobre su elegante letra femenina y me dio un vuelco el corazón. La carta no sólo había cruzado el océano sino varias etapas del recuerdo y despertaba en mí placeres (no sé si placeres es la palabra justa) que el tiempo había enterrado. En ella me pedía con exquisita cortesía que velara por la suerte de János y su esposa: habían abandonado Hungría y viajaban hacia el Perú, ella venía embarazada.

János había estudiado medicina en Budapest y se había casado con una compañera de curso. Al terminar la carrera habían decidido dedicar sus conocimientos a aliviar el sufrimiento de los demás. Iniciaron su carrera en el mismo asilo donde estuvo internada la madre de Casandra, pero luego pensaron que en Suramérica podrían ser más necesarios. A partir del momento que recibí la carta de Casandra estuve pendiente del teléfono como si se tratara de un animal del paleolítico a punto de despertarse.

El podador de rosas

Pero János no me llamó, ni me buscó, no me conocía, cuando se separó de mí en Londres y se fue con su madre era muy pequeño. Si lo hubiera visto por la calle no lo habría reconocido. János en realidad era hijo de un terremoto y para mí significaba el nexo roto que me había unido sentimentalmente a Casandra. No recibí ninguna noticia de su llegada a Lima.

Le escribí a su madre para preguntarle por el paradero de nuestro hijo pero jamás recibí ninguna respuesta. Hasta que un día, años después, sonó el teléfono y una voz a la vez firme y cautelosa me dijo: “Soy János, le llamo desde Iquitos”. Me explicó que llevaba diez años viviendo en la selva con su mujer y su hijo que nació allí y al que también le pusieron de nombre János. Nada más llegar al Perú se internaron por el río Amazonas en busca de una tribu aguaruna donde se establecieron como médicos para ayudar a los pobladores en una misión laica. Me llamaba porque su hijo János había cumplido diez años y habían pensado que lo mejor para él era que fuera a Lima a seguir sus estudios.

El podador de rosas

Se dirigían a mí por ser su único pariente vivo.

Días después fui a recoger a mi nieto húngaro a la estación de autobuses, lo reconocí enseguida, era racialmente parecido a Casandra. Observé que era un niño introvertido, hacía pocas preguntas, al enseñarle la finca sólo se interesó por la momia de la mujer de mi abuelo. He tratado que se sintiera cómodo desde el primer momento. Lo he instalado en el torreón para que tenga total independencia, y creo que se siente satisfecho.

Como ya habrá advertido el lector yo soy el único personaje de este relato aunque haya durado cinco generaciones: he repasado todas las fotografías que no me hice nunca y que sólo existen en mi imaginación, porque cuando uno es sordo no oye el paso del tiempo.

Mi soledad es retórica, por tanto muy triste. Además, estoy muerto, es probable que perdiera la vida en el terremoto, bajo la roca que aplastó la finca, como usted también ya se lo habrá figurado. Pero resucité como mi

El podador de rosas

abuelo para poder huir con Casandra y el pequeño János y después volver a esta casa para seguir regando las rosas azules de mi abuelo y ocuparme de mi único nieto.

Hoy me encuentro podando los rosales con manos temblorosas como veía hacerlo a mi abuelo. Es posible que János oiga desde la torre cómo suenan las tijeras en mis manos y rememore él a su vez esta historia y tal vez la escriba algún día bajo el título de “El podador de rosas” y usted tenga ocasión de leerla.

Y eso es lo que he hecho yo, he reunido los papeles que encontré en la finca desde la época de mi tatarabuelo hasta hoy para poder publicar esta historia.

Firmado: János.

Índice

Capítulo 1	_____	9
Capítulo 2	_____	31
Capítulo 3	_____	55

El podador de rosas
se diseñó en
Alcalá de Guadaíra (Sevilla)
y se empezó a imprimir en los talleres de Bubok
en junio del año 2010.

**Tantear la felicidad
es como podar rosas
en la oscuridad.**

